

Nuestro Camino a Santiago

Rayos de sol traspasados por un viento frío nos recibieron al bajar del autocar en A Torre, cerca de Vilalba. Treinta y siete caminantes y cinco ciclistas. Eran las tres de la tarde y comenzábamos el Camino con la ilusión del viajero que transita por el mundo con un destino. El Camino, con barro a tramos, serpenteaba oscurecido entre árboles o se iluminaba a cielo abierto a través de pastos. El tiempo nos trató amigablemente y llegamos a Baamonde sin haber recibido una sola gota de lluvia. El albergue, calentito y acogedor; la cena, un festín de pulpo, caldo gallego y ribeiro del bueno. Por si todo esto no fuera suficiente, el hostelero-poeta tuvo a bien disfrazarse con un extraño indumento fabricado con pinzas de la ropa -que le daba un aire cercano al espantapájaros-, y amenizarnos la sobremesa con poemas y chascarrillos de su cosecha. Todo un exceso de locuacidad e imaginación, que nos dejó más que listos para la cama.

La mañana sorprendió a muchos con más ganas de sueño, pero no hubo clemencia para los juerguistas: había que sacudirse las sábanas y echarse al camino. El frío húmedo se nos metió en los huesos a primeras horas, pero nuestro ánimo y buen humor se vieron recompensados con un mediodía templado y un sol espléndido que intensificaba el verde de los prados gallegos. La parada para comer resultó muy gratificante: no sólo repusimos fuerzas, sino que tuvimos amigable conversación con la dueña del bar y unos vecinos madrileños afincados en la zona, que nos mostraron el lugar de la casa donde secaban chorizos, entusiasmados con su cambio radical de vida.

La llegada a Braña, en medio de la nada, nos alegró, porque ya empezábamos a estar agotados. La vista del autocar, a lo lejos, casi nos parecía un espejismo. Subimos y de ahí, a Lugo, donde la espera a las puertas del albergue para poder entrar llegó a ser verdaderamente pesada. Frío intenso y lluvia suave después de la cena, pero el ambiente en el albergue no podía ser más cálido. Algunos (algunas) nos dormimos enseguida.

El autocar nos trasladó temprano a Braña. Muchos se durmieron en el trayecto. Un sol de primavera nos acompañó durante todo el día, pero los esguinces de rodilla y las ampollas en los pies no perdonan, así que algunos tuvieron que ser recogidos antes de tiempo por Roberto, nuestro chófer. A pesar del sol, la llegada a Sobrado dos Monxes se hizo dura. Sólo la vista panorámica del lago, que sabíamos cercana al final del trayecto, nos dio nuevas fuerzas y alentó los últimos tres o cuatro kilómetros. En Sobrado, un reconfortante almuerzo de embutidos caseros regados con buen Ribeiro recompusieron nuestros cuerpos cansados y doloridos. Luego, a echar un vistazo a la fachada del monasterio y de ahí, al autocar con destino a Santiago de Compostela. Cuando volvimos al albergue después de cenar, nos sentíamos como nuevos, así que la noche jacobea enredó a muchos hasta altas horas.

Empezamos en Sobrado la cuarta etapa, algunos más fuertes ya y más hechos al camino; otros sin energía y con dolores: había que elegir y decidieron descansar y reponerse. Estábamos a punto de abandonar el camino del Norte para enlazar con el Francés y no habíamos encontrado más peregrinos. ¿Seríamos los primeros del año?

La jornada transcurrió sin contratiempos, pero la subida a Arzúa constituyó un reto inesperado al final del camino. ¡Dios mío, qué cuesta tan larga! Y encima, llegamos al albergue y... ¡no quedaba agua caliente para ducharse! Alguien había dejado un grifo abierto y el agua del termo se había vaciado completamente. Así que, a cenar hechos unos guarros.

El frío fue de lo peor esa noche. Pero no nos queríamos marchar sin pasearnos por el pueblo. Recorrimos sus callejas iluminadas por la luna, vislumbramos los escudos señoriales esculpidos en piedra y regresamos al albergue, donde la mayoría aplazó un rato la hora de dormir, para no perder las buenas costumbres.

Salimos de Arzúa después de un buen desayuno y con unos cuantos quesos en las alforjas. No nos lo podíamos creer: de nuevo, sol. El grupo al completo en camino. Las conchas amarillas incrustadas en los mojones que señalan el camino tenían en este tramo una orientación distinta a las del norte, pero todas llevaban a Santiago. A mitad de la mañana, la caída de una ciclista nos dejó con una bici menos y un caminante más. No pasó del susto, y llegamos todos a Pedrouzo ya avanzada la tarde. Esta vez, las piernas querían seguir. ¡Qué bien, ser peregrinos!

La lluvia hizo su aparición, por fin, en la última etapa de nuestro camino. Pero fue tan benevolente que esperó a que llegáramos al Monte do Gozo, desde donde se vislumbra ya Santiago, para que nuestros ánimos no decayeran. Entonces empezó y no paró, así que la foto en la plaza del Obradoiro con el grupo al casi al completo (faltaba nuestro guía), nos muestra empapados hasta las cejas. Pero... al final, Santiago nos despidió con una buena ración de pulpo y otra de sol. Subimos al autocar, cansados, y nos quedamos en silencio. Tal vez sentíamos que caminar formaba parte ya de nuestra rutina o que el Camino se había adueñado de nosotros, pero lo que sí parecía seguro era que durante mucho, mucho tiempo lo íbamos a echar de menos.

Flora Rueda Laorga, profesora de Lengua y Literatura del IES Infanta Elena.